

## **PANORAMA HISTORICO DEL MONASTERIO**

Cuando, por tren o carretera y siguiendo el curso del Jalón, afluente del Ebro, y dejando a la derecha la villa de Arcos de Jalón, se sale al campo abierto, árido y pobre en vegetación, a unos cuantos kilómetros se encuentra, todavía en la provincia de Soria, la pequeña villa de Santa María de Huerta; en medio la mole imponente y cálida del monasterio del mismo nombre. El acceso al monasterio es fácil y cómodo, a medio camino entre Madrid y Zaragoza y a unos ochenta kilómetros de la capital de provincia.

Al llegar al lugar, los primitivos monjes se encontraron con un pequeño poblado, la aldea de Huerta, que desapareció muy pronto. El actual pueblo de Huerta surgió alrededor del monasterio, como grupo de arrendatarios de los monjes y bajo la dependencia espiritual y temporal de los mismos; era el Barrio de Huerta, y se mantuvo hasta la exclaustración de 1835. Huerta adquiere el título de Villa y se le antepone el de Santa María, hacia 1850.

El núcleo geográfico-humano de Santa María de Huerta tiene notas especiales. El valle del Jalón, ya desde la misma prehistoria, es una vía importante de comunicación y un lugar de asentamientos humanos. Los vestigios arqueológicos lo revelan. Si Huerta, cuando llegan los monjes, es un pequeño poblado, la arqueología de la zona supone un aglomerado anterior y de mayor envergadura. Los restos de varios castillos de los alrededores lo detectan.

### **Breves rasgos históricos de la Orden de Císter.**

El monasterio de Santa María de Huerta ha sido cisterciense siempre, salvo desde la exclaustración de 1835 a la restauración de 1930, y ha seguido todas las vicisitudes de la historia de la Orden. Cuando a finales del siglo XI, un grupo de monjes se escinde de la comunidad cluniacense de Molesmes, en la Borgoña (Francia), se está produciendo una corriente social y espiritual muy movida de experiencias y proyectos. El retorno al Evangelio, la pobreza y el retiro del mundo o vida eremítica, condensan las líneas de esta corriente espiritual.

Roberto con 21 monjes sale de Molesmes en 1098 y se dirige al lugar de Císter; aquí puede Roberto realizar sus ideales de una auténtica vida monástico-benedictina, aunque al poco tiempo, es obligado por el Papa a retornar a Molesmes, con parte del grupo inicial. Le sucede Alberico, quien muere a los pocos años. Las dificultades económicas y de personal cambian radicalmente cuando empieza su abadiato el tercer abad, Esteban Harding (1110), e ingresa Bernardo de Claraval con un buen contingente de postulantes (1113); en esta última fecha se realiza la primera fundación de Císter.

Císter nace de un deseo de autenticidad y de radicalidad evangélicas y de un afán de soledad y de retiro del mundo. La pobreza, más radicalizada en Bernardo, se cifra en la sencillez y el despojamiento en la búsqueda de Dios que refleja el arte cisterciense, y en el trabajo manual, como signo de liberación y del ganarse el pan con sus propias manos. Otras notas de su espiritualidad son el humanismo, la atención al hombre en su relación personal con Dios, la búsqueda de Dios en la escuela del amor fraterno. Por afán de soledad y de vida enclaustrada, los monjes acogen a laicos, salidos de estamento inferior de la sociedad, para que se dediquen al cuidado de la granjas alejadas del monasterio; son los hermanos conversos.

A pesar de los inicios tan precarios, la Orden se expande con fuerza y rapidez. De 1113 a 1115 se llevan a cabo cuatro fundaciones, los proto-monasterios de la Orden, la Ferté, Pontigny, Claraval y Morimond. En 1134 son ya casi un centenar, y varios centenares cuando muere en 1153 san Bernardo, el gran artífice y catalizador de este gran crecimiento. La expansión abarca

también a la Península ibérica. Ante este hecho, los padres de Císter ofrecen dos documentos básicos: el Exordio Parvo, que recoge la intención inicial, y la Carta de Caridad, que presenta la estructura íntima de la Orden y ordena la relación de los monasterios entre sí, basada en la caridad, por los lazos de paternidad/maternidad y filiación.

La Orden entra en la Península ibérica hacia 1140; se desconoce cuál fue el primer cenobio cisterciense hispano. De las cinco Casas primitivas, Císter y los cuatro proto-monasterios, fueron Claraval y Morimond quienes principalmente se repartieron las fundaciones en los reinos peninsulares; Císter solamente atendió a alguna petición de compromiso. Claraval fundó directamente 12 monasterios en el oeste peninsular: Sobrado, Osera, Melón, Monfero, Armenteira, Montederramo, Acebeiro y Oya, en Galicia; Moreruela, Valparaiso y Sandoval en León; La Espina en Castilla. También a través de sus filiales francesas, Fontfroide y Grand Selve, fundó los monasterios catalanes de Poblet y Santes Creus.

Casi todas las fundaciones de la línea de Morimond se realizaron a través de sus filiaciones pirenaicas. A Scala Dei pertenecen los monasterios navarros de Fitero y La Oliva; Veruela en Aragón; Bujedo, Sacramenia y Montsalud en Castilla. Filiaciones de Berdous son los castellanos de Huerta, Valbuena y Óvila. Cristá funda Matallana en dicho reino; y Gimond, el aragonés de Rueda. El resto de los monasterios son filiaciones de abadías peninsulares. De todos ellos, Huerta, La Oliva, Poblet, Osera, Sobrado, Armenteira (hoy habitado por monjas) y el asturiano de Valdediós son los únicos en que ha vuelto a renacer, tras la desamortización del XIX, la vida monástica cisterciense.

## **I.- HUERTA EN LA EDAD MEDIA.**

Los fundadores de Huerta se asientan, en primer lugar, no se sabe con precisión cuándo, en la villa desierta de Cántavos, perteneciente al actual municipio soriano de Fuentelmonge y a quince kilómetros de Huerta. Llevaban los monjes ya en Cántavos algunos años, cuando a últimos de enero de 1151, el emperador Alfonso VII de Castilla autoriza y confirma la fundación. La permanencia de los monjes en este lugar fue de corta duración; alrededor de 1162, se trasladan a la granja de Huerta, que habían adquirido hacia 1152.

Durante la estancia de los monjes en Cántavos, dos abades, modelos de santidad rigen el cenobio. El primero, Rodulfo, el fundador, da los primeros pasos de consolidación de la fundación; el otro, Blas, que acoge en la comunidad a san Martín de Finojosa, conducirá el traslado y los primeros años de la estancia en Huerta.

El primer abad elegido en Huerta es Martín de Finojosa, nuestro Padre san Martín. La labor del joven abad será consolidar la comunidad y construir el monasterio prácticamente desde la base. En esta empresa, Martín cuenta con sus hermanos y también, sobre todo en la parte material, con la aportación de los reyes de Castilla y de Aragón, de la nobleza castellana, e incluso de la gente más humilde. De esta época arrancan las majestuosas edificaciones hortenses y el empuje de la comunidad monástica. Martín deja el abadiato, al ser nombrado obispo de Sigüenza, donde permanece unos ocho años; luego retorna a Huerta, dedicándose a la vida monástica contemplativa, hasta el final de sus días, el 16 de septiembre de 1213.

El XIII, a todos los niveles, es un siglo de crecimiento progresivo y de culmen; pero en sí mismo lleva los gérmenes de decrepitud, que explotarán en los siglos XIV y XV, los que a su vez abrirán las puertas a la modernidad del XVI. Huerta sigue las mismas vicisitudes de crecimiento y consolidación en el siglo XIII, y tendrá las suficientes fuerzas para navegar con

cierta holgura en las estrecheces del XIV; no podrá evitar el declive del XV, que le inducirá a asumir la reforma de la Congregación Cisterciense de Castilla. La primera mitad del siglo XIII, llena la historia de Huerta, lo mismo que la historia civil y eclesiástica de Castilla el ilustre navarro, don Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo.

El siglo XIV se caracteriza por las luchas intestinas entre la nobleza y la corona y por el hambre y la peste que azotan a todo el occidente. Huerta, sin embargo, mantiene su línea de crecimiento económico y espiritual. Las guerra de los dos Pedro, Pedro I de Castilla contra Pedro IV de Aragón, afectan directamente al monasterio; Huerta es un monasterio frontera. Las devastaciones de la soldadesca están a la orden del día, sin contar con la rapiña de los vecinos que se aprovechan del mar revuelto. Esto afecta a la vida de la comunidad, hasta el punto de pensar en abandonar el lugar y dispersarse por otros monasterios.

Con el siglo XV entra Huerta en el túnel oscuro de su historia. Después de sufrir a un abad profano y dilapidador de los bienes del monasterio, los cercanos duques de Medinaceli se inmiscuirán en la vida interna de la comunidad y se sucederán elecciones controvertidas, expulsiones de abades y sobre todo la división interna de la comunidad. Dentro de este clima, la encomienda es pedida por los mismos monjes, para poner remedio a tantos males. Los cuatro abades comendatarios, Juan Madaleno, monje de Poblet, don Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, y el tío y sobrino, don García de León y don Álvaro López de León, los dos benedictinos, se entregaron de lleno al gobierno material y espiritual de la comunidad. Ellos la prepararon para entrar en la reforma de la Congregación cisterciense de Castilla, que estaba en marcha. Este acto tuvo lugar en 1498; se abre una nueva época.

## **II.- HUERTA EN LA CONGREGACION DE CASTILLA**

### ***A) EL SIGLO DE ORO DE HUERTA.***

El ingreso de Huerta en la Congregación de Castilla fue un paso importantísimo para la comunidad y también para la misma Congregación. El retorno al primitivo Císter motiva este movimiento, que nace en el monasterio toledano de Monte Sion, a impulsos del monje de Piedra fr. Martín de Vargas, a finales de la década segunda del siglo XV. Un obstáculo serio fueron los abades comendatarios, que intentan jubilarlos o integrarlos en el mismo movimiento.

Lo acabamos de ver, Huerta asume la reforma en las postrimerías del siglo XV. Los primeros abades reformados son temporales y vienen de fuera, se integran bien en la comunidad respondiendo a sus necesidades espirituales y temporales. Poco a poco abades de la casa irán tomando las riendas, hasta serlo del monasterio de una manera ininterrumpida; también Huerta suministrará monjes para los diversos cargos del Císter castellano, y algunos pasarán también a la Congregación de Aragón.

El siglo de oro de la comunidad hortense abarca los siglos XVI al XVII, resaltando principalmente desde la segunda mitad del primero hasta el final de la primera del segundo. Los primeros años son de consolidación, preparación intelectual, espiritual y material del cenobio, y los últimos un vivir de las rentas anteriores. Hay una correspondencia con las vicisitudes sociopolíticas del entorno. Siguen las convulsiones internas de la época anterior y los esfuerzos se dirigen a su pacificación.

Esta labor callada de consolidación se va gestando a través de las dificultades internas, y sobre todo de las intrigas de los señoríos del entorno, los duques de Medinaceli y los señores de Ariza; en este contexto, los monjes se deshacen del señorío de Torrehermosa, a finales del siglo XVI. En medio de estas luchas y enfrentamientos se desarrolla la vida de un gran santo de la

tierra, san Pascual Bailón, nacido Torrehermosa en 1540 y fallecido en 1592 como lego franciscano en Villarreal, Castellón, dos años antes de la venta de su pueblo por los monjes.

Con todo, el patrimonio y hacienda del monasterio siguen pujantes, como aparece en las obras de construcción. De esta época son el claustro alto plateresco y el claustro herreriano, la biblioteca hoy casi destruida y el refectorio del siglo XVII, convertido en la actual biblioteca, y también el coro de nogal y el órgano. Es también amplio el trabajo de ornamentación, con cuadros y pinturas murales, de las diversas estancias monásticas, muchas de ellas desaparecidas y de muy dispar valor.

Los frutos ubérrimos de santidad, por otro lado, y el nivel intelectual que se consiguen, denotan, por otra parte, una intensidad de vida espiritual en la comunidad. Algunos monjes y abades morirán en olor de santidad, sobresaliendo por su amabilidad, piedad y recia vida ascética. A partir de 1550 varios monjes ocupan cargos relevantes en la Congregación; seis de ellos, como muestra, serán abades generales de la misma. Los Venerables Fr. Luis de Estrada y Fr. Froilán de Urosa ejercerán de maestros espirituales en la Congregación. Fr. Crisóstomo Enríquez, cronista general, fallecido prematuramente, dedicará su pluma a la hagiografía cisterciense. Además de lo específico de la Orden, como su historia, así los Annales de fr. Angel Manrique, los monjes hortenses tocarán los diversos campos de la teología, sagrada Escritura y otras ciencias, como la literatura, las matemáticas, etc.

Muchos monjes hortenses fueron catedráticos en los colegios y universidades de la época, en Alcalá, Salamanca y Valladolid, y otros, predicadores de la corte. Sin contar a Martín de Finojosa de los comienzos, seis obispos saldrán del claustro hortense para regir diversas diócesis dentro del vasto imperio español, peninsulares y de ultramar; entre estos últimos, fr. Pedro de Oviedo, arzobispo de Quito y de la Plata y antes de Santo Domingo, ambas en Hispanoamérica.

## ***B) EN CAMINO HACIA EL DECLIVE FINAL.***

Los siglos XVIII y XIX son un lento y definitivo camino hacia el fin en la historia antigua de Huerta. Desde diversos puntos vendrán las embestidas, que los monjes intentarán sortear siempre con la energía de un árbol vigoroso que se resiste a morir. Se abre el siglo XVIII con un viraje político: la supresión de los Austrias y la entrada de los Borbones con la subsiguiente guerra de sucesión, que afecta fuertemente a los monjes, sus edificios y haberes.

La expulsión de los jesuitas del vasto imperio español por Carlos III y su supresión en toda la cristiandad, lo mismo que la revolución francesa afectarán psicológicamente a los monjes. Añadamos a esto algunas catástrofes climatológicas, endémicas en esta época. En unos diez años, entre 1761 y 1772, tres inundaciones acaecen en el monasterio y en sus posesiones. La memorable fue la última, que inundó toda la planta baja del monasterio, con ruptura de cercas, puertas e inundación e inutilización de víveres y enseres de los monjes; las pérdidas y daños fueron inmensos.

También se reestructuran partes del monasterio, como la portería y la plaza. Es destacable en esa época la obra del retablo central del altar mayor, tallado y dorado en 1766; los tallistas son de Calatayud y los doradores de Zaragoza; grandes fiestas organiza el monasterio para su bendición e inauguración. Un análisis interno de la comunidad descubre, por otra parte, que los monjes siguen con su tarea primordial.

El siglo XIX acaba con esta gran vitalidad y capacidad de reacción de los monjes. Como fruto de la mentalidad ilustrada, que se ha venido fraguando durante el siglo anterior, los gobiernos pretenden suprimir las órdenes religiosas y confiscar todos sus bienes. Entramos de

llo en la desamortización de los regulares y su exclaustación. En estos treinta y cinco primeros años del siglo van a ser tres. La primera surge tanto del invasor como de las Cortes de Cádiz; aquí afecta la del francés José Bonaparte. Los monjes son expulsados y enajenados sus bienes. Dos monjes y un seglar, los padres cura y cillerero y el panero, contra todas las leyes, se quedan dentro del monasterio, para estar al cuidado del patrimonio. En 1812, el abad reagrupa a todos los hermanos y pone en marcha la vida de la comunidad.

De 1820 a 1823, de nuevo los monjes son expulsados del monasterio con la confiscación de sus bienes. Con la restitución en el trono de Fernando VII, en 1823, los monjes retornan al monasterio y, aunque no toda, se les devuelve la hacienda usurpada. La década ominosa, de 1823 a 1833, y última de persistencia de los monjes, es como el canto de cisne de las antiguas glorias de Huerta. La comunidad cuenta, en una lista de 1828, con más de setenta monjes nominales y más de cuarenta residentes; el resto presta sus servicios a otros monasterios y a la Congregación. En estas circunstancias, hay un intento de recuperación económica, muy difícil, por no decir imposible.

Y desembocamos en la definitiva exclaustación y desamortización de 1835. La conjunción del altar y el trono, en la concepción política de los monjes y de la iglesia hispana en general, será en definitiva muy perniciosa; se convertirán en juguete de los vaivenes políticos de la época; estarán en el punto de mira de las críticas y odios de unos y de otros. En Huerta, los monjes abandonaron el monasterio cuando vino de Soria la orden de expulsión, proclamada el 12 de octubre y notificada el 15 del mismo mes, de 1835. El Padre cura se quedó en el pueblo, y no muy lejos del mismo, el abad con un converso y un criado, para poder atender a las necesidades de los monjes dispersos.

Hasta aquí la historia de la antigua Santa María de Huerta. La pequeña semilla del principio se hizo un árbol gigantesco. A todos los niveles se puede decir que, cuando otros monasterios, estaban languideciendo y en las últimas, Huerta se sentía con fuerzas y con ganas de futuro, para proyectar una nueva etapa. El golpe final de 1835 fue fatal e hicieron falta casi cien años para que se pudiera empezar de nuevo y hacer resurgir la cenizas latentes de los gloriosos tiempos anteriores.

### **III.- LA NUEVA SANTA MARIA DE HUERTA.**

La Congregación de Castilla terminó por desaparecer, a partir de la exclaustación de 1835. Los nuevos monjes que llegan a Huerta, en 1930, pertenecerán a una rama de la Orden, nacida del movimiento de la Estrecha Observancia del siglo XVII y, que, tras muchas vicisitudes, se reagrupará en 1892 por mandato de León XIII en la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia. Noventa y cinco años de abandono del monasterio no fueron suficientes para hacer desaparecer el edificio monasterial. El pueblo, que siempre ha sido un handicap para el ambiente de separación del mundo en Huerta, en este caso será, en términos generales, el salvador de los edificios. Otras circunstancias más cooperarán en este empeño; en primer lugar la suerte de que el último prior claustral de Huerta, fr. Gregorio Pérez Alonso, sea el párroco de la ahora villa de Santa María de Huerta, desde 1849 a 1874, en que murió.

El P. Gregorio cuidó con esmero y más allá de sus fuerzas de todo el conjunto de las edificaciones; el gobierno de Soria le hará encargado oficial de su conservación. Los diversos párrocos sucesivos siguen la misma tónica de cuidado y atención, con idéntico entusiasmo y cariño. A pesar de la declaración del conjunto monasterial como monumento nacional en agosto de 1882, sin la labor callada y constante de los párrocos y la colaboración del pueblo, tamaño empresa nunca hubiera sido posible. Recordamos la solicitud y cuidado de don Juan García

Gutiérrez, párroco de 1877 a 1903, y sobre todo de don Simón López Tello, párroco de 1916 a 1951, verdadero fundador del monasterio. El conjunto del monasterio nunca se llegó a enajenar, por lo que, según las leyes en vigor, pertenecía a la mitra de Sigüenza.

Tras diversos propietarios, a partir de las subastas de 1846, parte de la hacienda monacal antigua, en el término municipal de Santa María de Huerta, fue a parar, por mediación de su tío, don Antonio Cerver y Glande, a doña Inocencia Serrano, viuda del Valle, que casará por esas mismas fechas, en 1871, en segundas nupcias, con don Enrique de Aguilera y Gamboa, marqués de Cerralbo. El marqués construyó su palacio junto a las antiguas caballerizas e inició el estudio arquitectónico e histórico del monasterio. La propiedad la tenía por derecho de consorte; la donante testamentaria fue su hijastra, doña Amelia del Valle y Serrano, que ostentaba, por fallecimiento de su hermano, el título de marquesa de Villahuerta.

Unos años antes de morir, en 1918, el marqués de Cerralbo entra en contacto con los cistercienses de San Isidoro de Dueñas, pero sin resultado alguno. La marquesa, por su parte, ha conectado con la abadía de Viaceli, en Cantabria, y más en concreto con su prior claustral, el venerable P. Pío Heredia, quien la solía visitar cuando pasaba por Madrid. Cuando se abre el testamento, se conoce la intención de la donante y el destino de los bienes que lega. Se encargará de la fundación la abadía cisterciense de Viaceli; esta abadía empieza su singladura en 1908, con un grupo de monjes provenientes de Santa María del Desierto, en Francia; desde los inicios hasta 1940, rige la comunidad Dom Manuel Fleché.

Como se exige la creación de una escuela de formación agrícola para niños y atender a la educación de las niñas, los albaceas piensan, por una parte, que es más urgente la enseñanza primaria ante los muchos niños sin escolarizar, y por otra, que para las niñas es más conveniente ofrecer parte del legado de la marquesa a un instituto religioso dedicado a la enseñanza; traen un grupo de Religiosas del Sagrado Corazón, que se instalan en el palacio del marqués y fincas anexas.

La fundación la aprueba el Capítulo General, el 16 de septiembre de 1927. El 22 de junio de 1930, llega a Huerta el P. Lorenzo Olmedo, el nuevo superior, con otro monje, y da comienzo el patronato y la nueva fundación. El 25 de septiembre llegan más monjes e inician formalmente la vida monástica; el 26 de octubre se inaugura el curso con la bendición de las escuelas de los niños y de las niñas. Para el Capítulo General de 1936 se piensa en la erección canónica en priorato independiente.

Como es obvio, este mandato no llegó a cumplirse, ya que unos meses antes de la celebración del capítulo empieza la guerra civil. Al iniciarse la contienda, el superior, P. Lorenzo Olmedo, huye a Sigüenza y allí, de modo desconocido, tal vez asesinado, acaba sus días. El monasterio, sin embargo ha caído en la llamada zona nacional y se puede seguir la vida monástica. Al final de la contienda, el balance de la casa madre es lamentable; en Santander matan dieciocho monjes, el meollo de la comunidad, y varios ya no regresan.

La situación complicada de la casa madre hace inviable de momento la fundación. Hay que esperar a 1949, normalizada la situación, para enviar un nuevo contingente y pensar en la erección de priorato titular. El nuevo grupo está encabezado por el P. Ignacio Astorga, quien, en 1950, es elegido primer prior titular. Se reciben los primeros oblatos, se potencia una industria para el mantenimiento de la comunidad y se gestiona para la restauración y habilitación del monasterio, al menos, para poder llevar normalmente la vida monástica.

Antes de diez años hay ya un plantel bueno de jóvenes, y ha sido posible adaptar la parte más moderna y más a mano del monasterio. En este momento, de una manera arriesgada y valiente, el P. Ignacio, dada la dificultad de formarlos dentro, envía a todos los jóvenes a estudiar a Roma y a los monasterios de Viaceli y de San Isidoro de Dueñas. Son cuatro años

fundamentales para el futuro de la comunidad. En 1962, VIII Centenario de la fundación, se ordenan tres sacerdotes nuevos y hay otras tantas profesiones monásticas. Así mismo por estas fechas se da un fuerte impulso restaurador en la parte monumental. Son años muy importantes para la consolidación de la comunidad. En 1965, Huerta es erigida en abadía y es elegido primer abad de la restauración Dom Ignacio Astorga.

El posconcilio se asume con ilusión y se toma en serio la labor de la renovación; esto no impide que la comunidad sufra las secuelas negativas de esta época: la carencia de vocaciones y el que algunos hermanos abandonen la vida monástica y la comunidad. En 1977 se elige al primer abad, ingresado y formado en Huerta: Dom Luis Esteban. Una nueva etapa empieza cuando los fundadores van desapareciendo por ley de vida; la comunidad se ha renovado con la entrada de personal nuevo.

La irradiación de la vida monástica desde Huerta se hace real y visible. Un nuevo grupo de seglares ha querido unirse a los monjes para beber, desde su secularidad, en la espiritualidad monástico-cisterciense; es la Fraternidad laica Cisterciense de Santa María de Huerta. Durante la preparación y celebración del IX Centenario de Císter se dio un impulso importante a la restauración y embellecimiento del monasterio y del entorno. En la actualidad, dentro de un proceso de formación serio, tanto a nivel comunitario como de los nuevos elementos, se puede hablar de una comunidad, no muy numerosa, pero sí joven y dinámica, acogedora y sencilla.